



Un tal Tales

Sobre el sentido de la vida

Víctor Márquez Pailos

victorosb@hotmail.com

Todo lo que conocemos, ¿no es verdad también que lo desconocemos?; ¿no acaba siendo todo, para nosotros, un misterio que ya hemos empezado a descubrir?; ¿o no necesitamos creer que lo sigue siendo, una vez descubierto? Lo desprendido de todo misterio, lo desnudo por entero, lo ya, sin fin, puro desierto, ¿tiene aún, para nosotros, algún sentido? ¿Hay algo de lo que ya creamos saberlo todo? De todo creemos saber algo -que existe, como poco, cerca o lejos de nuestros pensamientos- pues, de lo que no sabemos nada, ¿qué podremos preguntarnos?

Ahora bien, para que uno llegue a preguntarse por algo, lo que ya sabe ha de ser insuficiente, o menos aún, insignificante; algo así como el rumor de unas palabras bajo el fragor del ruido. El ruido no nos deja oír pero nos deja preguntarnos por lo que nos gustaría oír. Y también por aquello otro que, tal vez, necesitamos escuchar. El ruido nunca es el ruido, solo eso, sin más. Es siempre el ruido además del rumor, hostigando el rumor sin atraparlo. Todo es un misterio no porque lo desconozcamos sino justo por lo contrario, porque ya hemos empezado a conocerlo.

De Tales de Mileto, el primero entre los filósofos casi desconocidos para nosotros pero no para quienes tuvieron la suerte de conocerle y decidieron que todos los tiempos deberían recordar, al menos, su nombre, *un tal Tales*, se cuenta que, mientras estaba una noche contemplando absorto las estrellas, cayó a un pozo. La anécdota, atribuida siglos más tarde por otro que no había tenido tampoco la suerte de conocerle, ¿va de burla o de veras? ¿Nos invita a burlarnos, como solemos, del filósofo que no pisa tierra o a admirar la sabiduría de quien reconoce que no lo sabe todo? Pues no conoce ni siquiera la tierra que pisa, ¡cuánto menos los misterios vislumbrados en el cielo que contempla!

Un necio, quién de nosotros no advierte haberlo sido muchas veces, se habría reído del pobre incauto, despistado como todos los que, sin piedad, filosofan. Si algo hay que no estamos dispuestos a reconocer en el despistado es que lo es solo para unas cosas, las que atraen nuestra atención, y no para otras. Ser despistado consiste en tener ojos para lo que casi nadie ve. Por eso no puede pisar cualquiera la tierra que pisa el filósofo despistado, tierra incógnita tan solo para el filósofo de veras. Los más creemos saber ya de todo, *así en la tierra como en el cielo*, porque de todo hablamos, y no al revés. Pero la verdad es que, si al pozo al que cayó un día el filósofo no hemos caído aún los demás, no habrá sido por cautos sino por no saber mirar las estrellas.

Verdad y sentido

Si queremos entender el sentido de las palabras, el sentido de la vida que les falta a unas y les sobra a otras, su sonido ha de ser audible para nosotros. Si no las envuelve el silencio, como la noche las estrellas que contemplaba el filósofo, se volverán insignificantes. Serán apenas la sombra que desenvuelve una voz



mientras se va quedando atrás entre la luz y el ruido. Si no hay silencio, no hay tampoco nada que tenga sentido. Así como un regalo no llega a nuestras manos ya desenvuelto, so pena de perder su encanto, es decir, su sentido, con todo lo que hay en el mundo puede suceder lo mismo.

Todo, absolutamente todo, puede ser dado a alguien. Todo es o será, alguna vez, dádiva, esto es, *dato*: dato para la ciencia o para la propia experiencia; y signo además para la fe. El silencio ha de envolver siempre, para que tengan sentido, el trabajo científico o el trabajo sin más de quienes vivimos por él. Y aun aquel otro que San Pablo llama, pidiéndolo, “el trabajo de la fe”. Cosa muy de ayer es, por cierto, ver del trabajo, tan solo, su producto calculado, como si nada más importara. En realidad, si solo importa el producto, es el dinero lo que cuenta, no el trabajo. Y trabajar por dinero es, tan solo, tener que trabajar. No hay otra verdad como esta, más sin sentido.

Pero el sentido de la vida no está en la verdad, en el significado objetivo de las palabras concretas con las que intentamos explicarlo. No está, como la verdad pura, dentro de nosotros mismos, dentro del todo. Desprendida de todo misterio, desnuda por entero, ya sin fin puro desierto, la verdad está dentro de nosotros mismos, dentro del todo. “La verdad es la que es/aunque se piense al revés”, sentencia el dístico machadiano. Por eso carece de sentido para nosotros, que no vivimos nunca dentro de nosotros mismos por más retirados que creamos o queramos estar del mundanal ruido.

Y, si entramos dentro, no es para quedarnos, como el que huye a sí o de sí mismo porque no sabe o no tiene adónde, sino para salir y contar después lo que hemos creído ver o hemos visto. Y ello aunque, como el filósofo antiguo, salgamos de la contemplación noctámbula sin querer, que es como nos dormimos y despertamos de nuestro sueño. La vida es la tierra su-puesta más

que la tierra puesta y extendida, el pozo más que el suelo para nuestros pies. Vivir, humanamente se entiende, es caer y despertar sin querer en el fondo de algún pozo iluminado desde arriba por la luz de las estrellas.

La verdad está dentro del todo; “habita el interior del hombre”, según la conocida expresión agustiniana. La verdad, dice en efecto Agustín, no su sentido. Porque dentro de sí mismo entra cada uno por un camino distinto, el suyo propio, aquel “camino virgen” por el que cada hombre, al decir de León Felipe, busca a Dios, verdad eterna. Entra por un camino y sale después por otro. La verdad aspira a ser universal, la misma para todos dentro de cada uno, pero necesita sentirla y decirla, cada cual, a su manera. Pues cada uno a su manera dice, de lo que siente, lo que sabe o quiere decir. Si ha de sentir lo que dice, con más razón habrá de poder decir, uno a los demás, lo que siente.

Demasiada sangre se ha vertido sobre esta razón a lo largo de los siglos. Pero no ha podido anegarla y hoy la vemos, al fin, erigida en derecho universalmente reconocido, si bien tan lejos aún de ser unánimemente respetado: el derecho a la libertad de conciencia o de expresión, que son, bien mirado, dos libertades en una. Porque una es la libertad de pensar cada cual lo que le parezca y otra la de expresar, sin temor, lo que le ha parecido a uno. Uno el silencio que necesitamos todos para vivir y otro el sonido de las palabras que necesitamos decir u oír en voz alta cada uno. Una la noche estrellada en que se espeja el misterio del mundo y otra la oscuridad del pozo al que cae el filósofo por no saber ni siquiera qué tierra pisa. No se ven las estrellas tan lejos y, a la vez, tan cerca, si no se ha caído en algún pozo y no se ha tocado fondo. Si no es posible gritar, ¡qué mal se puede pensar!



La verdad desnuda

Sucede, tantas veces, que el mismo regalo admite, en manos del donante, una gran variedad de envolturas posibles. Las envolturas no son el regalo, desde luego, pero no lo es menos que, sin envoltura alguna, no hay regalo digno de otra persona. No hay sustancia sin accidentes, forma sin materia sensible en este mundo sublunar, como ha sido, desde Aristóteles, conquista perenne para la filosofía primera. Si no hay sentido, tributo de algún modo a la sensibilidad, no puede haber verdad. Verdad humana, claro está, verdad sentida y comunicada, es decir, de algún modo consentida, aceptada por otros. Es cierto que la verdad no depende del consenso para ser verdad, como repiten hasta exasperarla los que han hecho de la verdad su arma de combate contra el relativismo, pero sí para ser ejercitada. Sin consenso la verdad es, en verdad, impotente. No puede esclarecer, ella sola, la vida de los seres humanos. Sirve solo para el combate, no para vivir en paz.

Por eso la gran tentación de los hombres ante la verdad ha consistido siempre en ocultar su impotencia imponiéndola como verdad desnuda, objetiva o indiferente, exterior y no interior. Como sol de mediodía y no como estrella en la noche. Como fuente de toda belleza y no como río de invisible bondad. Una verdad pura, impuesta desde fuera, sin consentimiento ni consenso, es una verdad sin sentido, insensible, inhumana. Es como un regalo que se ofrece ya desenvuelto. O como el fragor del ruido que impide oír el rumor de unas palabras necesarias. La verdad pura es el desierto.

Y los que, en el fondo, mejor lo saben aunque prefieran olvidarlo saben también servirse de ella para imponérsela a otros antes que a sí mismos. Los dos

cantiles pelados por los que se ha empujado a la Humanidad hacia el abismo de la verdad más pura ¿no se han levantado acaso con la fuerza de la religión y de la ciencia, el lenguaje eterno de la fe en otra vida, demasiado fácil de comparar con la nuestra, o en las posibilidades reservadas al futuro, demasiado distinto del presente? El desierto de la verdad pura ha agostado vidas enteras, las de quienes o han vivido hasta morir de resignación o han nacido antes de tiempo.

El sentido, en suma, no está del todo dentro ni tampoco del todo fuera de nosotros mismos. No está a la vista de algunos hombres de ciencia, que observan el mundo como si ellos mismos no formaran ya parte de él y, cuando nos comunican sus hallazgos, parece que nos están hablando de otro mundo, el fascinante mundo descubierto por la ciencia y habitado por seres a los que no podemos decir lo que sentimos con palabras comunes sino con palabras precisas, esa clase de palabras que aprendemos de prisa, sin haber tenido tiempo aún para comprender el sentido de las palabras comunes. Y, claro, con las palabras de la ciencia dominamos pero no habitamos, entendemos pero no comprendemos, desnudamos pero no sabemos vestir ningún cuerpo una vez explorado.

No está tampoco el sentido a la vista de ciertos hombres de fe, que contemplan el mundo desde mucho más lejos aún que los hombres de ciencia: desde el extremo más alto y solitario del mundo, allí donde todos nuestros sentimientos parecen demasiado pequeños, aves de paso planeando infinitamente por debajo de nuestros pies. A algunos de ellos, en realidad, ni siquiera les interesa conocer el sentido de las verdades comunes, entregados como están a la contemplación o al servicio de las verdades más puras. Ni siquiera les interesa el misterio contemplado por los filósofos que, herederos o deudos del primero de todos, saben que no saben ni qué tierra pisan. Saben, sí, que no saben. De ellos y del combate “espiritual” que mantienen, en nombre de



la verdad o de Dios, su eterna fuente, han escrito, antes y mejor que nadie, los poetas. Ellos han sido los primeros, tal vez, en percatarse de con qué facilidad el combate del hombre contra sí mismo se resuelve en guerra de un hombre contra otro. Bástenos escuchar la voz de un contemporáneo, Antonio Colinas, “para olvidar el odio”:

Ponen a Dios al lado de la guerra
y a la guerra la amparan bajo el nombre de Dios,
mas Dios es la no guerra
y la guerra es, sin duda, un contradiós.

Saber y sentir

Unos y otros, hombres de ciencia o de fe o ambas cosas a la vez, pueden confundir, a veces, la verdad con el sentido. Porque son capaces de ver la verdad tal como es, indiferente a la mirada de sus espectadores presentes o futuros, creen, tal vez, que no necesitan sentirla. La desnudez de su fe en el dato científico o en el dato revelado les ha movido a creerse, de algún modo, superiores al resto de los mortales. Diríase que el hallazgo merecido o la voluntad divina les estaban esperando más y antes que ellos mismos la hora de empezar a sentirse afortunados. Por eso saben ver la verdad como nadie pero no siempre saben sentirla como el hombre común.

El común de los mortales sabe que ha de darla y recibirla cada día; que cada día ha de dar y recibir verdad sentida, sentido para su propia vida y la de los demás. Las cosas serán tal como las ven los hombres de ciencia o los hombres de fe, eso no lo duda el hombre común, pero, ¿qué hacer con ellas? Este es el problema de la vida práctica, que se inclina no tanto por lo que somos o no

somos como por lo que queremos o rehusamos sentir. La verdad descubierta por la ciencia o revelada a la fe hay que humanizarla. Y habrá que tomar de la verdad lo que se pueda, lo que se vaya pudiendo, y no toda de golpe, a la manera de “o lo tomas o lo dejas”. La verdad es totalitaria, o con ella o sin ella. La vida, en cambio, se resiste a quedar sometida a un poder totalitario, a una verdad que empuje al hombre dentro de sí mismo y de ahí ya no pueda o no quiera salir. Vivir es el arte de resistir golpes, a sabiendas siempre de que, como lúcidamente observara Agustín, nadie conseguirá nunca adivinar a qué tentaciones podrá resistir o sucumbir.

Uno no cree, como ha hecho notar entre nosotros el teólogo José María Castillo, sino “en aquello que hace”, esto es, en aquello que da o recibe como un regalo. El verdadero regalo es su propia recompensa. Y no porque uno no espere otra sino porque las espera, en el fondo, todas. No hay eros sin narciso, como nos recuerda entre sus libros Carlos Domínguez Morano, creyente después de Freud. No hay amor a los demás sin amor a uno mismo. Por eso está tan mal plantado aquel principio de que uno debe dar sin esperar nada a cambio. Dar no es comprar, desde luego. No es trueque de una cosa por otra. Pero es esperar algo que no se puede comprar, gratitud. Se pueden comprar favores pero no gratitud. Los favores son cada vez más caros porque satisfacen cada vez menos. La gratitud, en cambio, no pesa sobre el platillo de la balanza entre los favores correspondientes o correspondidos. No pesa pero es. Y sabemos que es porque se la espera.

Uno lo espera todo cuando no espera nada en particular. Y, si no lo recibe, lo acusa. Por la ingratitud entra el frío en la intimidad de un hogar cuya puerta exterior y principal ha dejado de cerrar bien hace mucho tiempo. La verdad no habita solo el interior del hombre, como decía Agustín. Habita también el



exterior. Y, si el exterior del hombre invade su interior, si una multitud de favores o de olvidos asedia la puerta de su casa, tendrá que abrirla y salir corriendo. Porque su casa ya no será su casa. Será la casa de todos y de nadie. O, como vulgarmente se dice, la casa de tócame Roque.

El sentido de la vida se lo puede encontrar cualquiera, con más o menos fe, en el silencio que envuelve todo lo que uno mira o escucha por primera o última vez. Y vive y respira en todo lo que ese silencio nos deja y nos sugiere. No otro es el modesto mensaje del antiguo filósofo, un tal Tales, el que se cayó a un pozo mientras contemplaba las estrellas porque ni siquiera sabía qué tierra pisaba. Pero eso es lo bueno, lo más rebosante de sentido: saber que no se sabe. Hay muchas maneras de caer y desenvolverse en la vida porque de otras tantas puede uno recibir envuelto eso que, cada vez que caemos, necesitamos sentir como un regalo. La vida misma es de una verdad que no siempre podemos soportar, de una simplicidad, tan cruda a veces que, seres complejos como somos, ni siquiera debemos aceptar. Por eso necesitamos recibirla ya envuelta, aunque sea en la más efímera de las envolturas, *el sentido del humor*. El sentido del humor es el principio de la filosofía. El principio, sí, pero no el fin. Tomarse la vida con filosofía requiere mucha imaginación para envolver regalos.